

Las transas de la fe

Antonio Malpica

Yo creo que la verdad es perfecta para las matemáticas, la química, la filosofía, pero no para la vida. En la vida, la ilusión, la imaginación, el deseo, la esperanza cuentan más.

Ernesto Sábato

A un escritor pueden pasarle muchas cosas malas con un libro específico. Que lo aplaste la crítica, por ejemplo. Que no se publique. Que no se venda. Incluso "Que mejor nunca hubiera salido a la luz" (y pienso en Borges cuando se le fue de las manos "El tamaño de mi esperanza", ese libro de sus albores literarios del que renegaba un tanto avergonzado.) Pero, de entre estas posibles tragedias, una que me parece insuficientemente valorada es la de ser obligado a la exégesis.

La escena es más o menos como sigue.

Comparto mesa en un café del barrio de La Macarena en Bogotá con una promotora de la lectura. De hecho, hay otras personas también a la mesa, pero yo he quedado codo con codo con esta persona, por cierto, parlanchina y muy simpática, así que casi toda la velada es un tête-à-tête. Y así, sin más, de repente trae a colación mi novela juvenil "Billie Luna Galofrante", que ya había leído (con mucho interés, por cierto) en su momento. A los pocos minutos hizo a un lado la timidez: "¿Qué quisiste decir exactamente con...?" (y aquí mencionaba cierto suceso crucial que acontece en la novela.) Luego, a rajatabla y a quemarropa y sin anestesia alguna, espetó: "Es que eso es algo que no voy a perdonarte nunca".

A un escritor pueden pasarle cosas malas con un libro. Una de ellas es la exigencia de una justificación como se demanda un derecho. Repentinamente es uno el que pegó con el coche por detrás en un semáforo en rojo; evidentemente, no hay modo de rehuir la culpa y solo resta salvar la honra, argüir algo, lo que sea, ante la ira del afectado. "Es que iba distraído, es que no me agarraron los frenos, es que el pavimento está mojado, es que... es que... es que..."

Es que así pensé la novela.

Lo que sea que esto signifique.

El detalle en cuestión, que molestó tanto a mi querida promotora colombiana, en concreto (y sin revelar demasiado para no estropear la trama en caso de que alguien quiera todavía leer el libro a pesar de este sorprendente autoboicot) es una descarada transgresión de la realidad. Eso. Sin más. En una novela "aparentemente" realista de pronto ocurre algo que rasga por completo el pulcro lienzo de lo posible con las sanguinarias garras de lo imposible. Y entrecomillo porque la misma novela concede algunas pistas iniciales para dejar entrever que acaso no sea "tan" (vuelvo a entrecomillar) realista como podríamos suponer. En concreto también: un hombre despierta de un coma de diecinueve años y, acto seguido, se pone a tocar la trompeta; magistralmente, además; sin terapias de rehabilitación de por medio ni nada y arguyendo que ya no es quien solía ser sino uno de los más grandes jazzistas de todos los tiempos, supuestamente muerto años atrás y con el tono de piel bastantes pantones más oscuro que el que tiene en realidad.

Lo cierto es que "Billie Luna Galofrante" es una novela un tanto tramposa, ni cómo negarlo. La propia protagonista, Billie Luna, es una mujer sumamente escéptica y tan acostumbrada a solo creer lo que sus ojos ven que por supuesto se resiste a aceptar la transformación que sufre su padre, ahora convertido, al menos en actitud, en un jovial trompetista negro. La trampa reside en que el lector se siente identificado, como debe ser en estos casos, con la protagonista y su forma de pensar, es decir, inicia la novela con la suspicacia requerida para emprender "el camino del héroe"

de la mano del héroe (por decirlo de algún modo; hay muy poco de Campbell en este texto) y cuando ocurre el contundente golpe de fantasía del que hablamos, el lector se ve impelido a tomar su propia decisión: si continuar con el héroe el resto de la jornada o soltarse de su mano echando pestes. "Jamás te lo perdonaré, Antonio Malpica".

En "Último Round", Cortázar habla de la imprescindible solidez que debe tener un relato fantástico para no caer en el absurdo (y, por consiguiente, en el pitorreo y la chabacanería, me atrevo yo a agregar.) Habla de un imaginario lector que, al enfrentarse a su novela "62" repara en que Juan vuelve a París después de varias semanas y, sin más, se sube al coche y lo enciende.

"El lector que ignore el funcionamiento de la vida práctica en París pensará que eso no es posible, puesto que la batería de un auto inmovilizado tanto tiempo se descarga. [...] El mismo lector, sin embargo, ha encontrado tantas irrealidades en el libro, que incluso si repara en ese detalle técnico puede sentirse tentado de incluirlo en la cuenta de todo lo precedente; si es así, debería dedicarse a leer otro tipo de literatura, porque con éste no congenia. La razón es muy simple y sitúa con una clarísima perspectiva la noción de realidad en cierta narrativa. Muchas cosas pueden parecer "absurdas" en 62, deliberada o tácitamente imposibles con arreglo a la óptica usual; pero en un relato que merezca el nombre de fantástico ese supuesto "absurdo" responde a una legislación no menos coherente que la de la realidad ordinaria; de ahí que una transgresión tan frívola como la del auto que arranca sin la batería cargada bastaría para invalidarlo."¹

¹ Cortázar, Julio. *Último round*. México. Siglo XXI Editores. 1974 : 204-205

Es decir que si en un relato fantástico aparecen dragones, hadas azules y unicornios morados todo va bien, pero si alguien por ahí se atreve a afirmar que $2+2 = 5$, eso ya basta para la total invalidación del texto. Y el desplome rotundo en la chabacanería, añadiría yo.

No es el caso de “Billie Luna Galofrante”, dicho sea con la maltrecha modestia del autor, pues no obstante que $2+2$ da lo mismo en cualquier universo imaginado (y esto lo sabe y defiende Billie), en realidad nunca se transgrede la realidad de una manera que se pueda pensar en una ramplonería feroz. O al menos no lo creo. Lo que sí acontece es que simple y llanamente, la fantasía irrumpe y avasalla a la realidad sin tregua y sin concesión y sin (o muy pocas señales de) advertencia. De ahí el prurito de mi (ahora) célebre (y muy querida, hay que agregar) protagonista colombiana.

Pero he llevado hasta este punto mi discurso porque quiero llamar la atención sobre un punto, de ninguna manera exclusivo de mi novela, sino de muchos y muy variados textos: la posibilidad de manipular el universo al antojo de su creador. O, en otras palabras, que en los libros todo se vale.

¿Aunque... en verdad es así?

Más allá de la posibilidad de que se prefigure, por ejemplo, una Tierra Media (elfos y orcos aparte) y, a la vez, se haga aparecer en plena Comarca un Boeing Embraer de hule espuma con mariachis en el lomo y a la Catrina pilotando el armatoste para el azoro de todo el mundo, hobbits, magos y lectores incluidos, ¿en verdad es factible que un autor haga y deshaga a su antojo? Cabe, claro, que un autor se burle de todo y de todos, revuelva charros con gánsters, monstruos intergalácticos con rancheros, Pepitos con Chabelos y hasta a Lorena Velázquez en atuendo mínimo en la misma ensaladera, que rompa todas las leyes naturales que se le antojen ya que al fin es su universo, sí, pero... descartando el espíritu fársico, pueril o provocador a ultranza, ¿qué tan válido es que el que esgrime la pluma haga en verdad "lo que se le dé la gana"? ¿Quién dicta hasta

dónde está bien o mal la irrupción de la fantasía? ¿Cuánto está bien y es políticamente correcto y dejará un buen sabor de boca? ¿Cuánto está mal y llevará a alguien a reclamar la afrenta sin tapujos en una plática de café cualquiera? ¿Hay una medida recomendada por los expertos y aprobada por algún organismo internacional? ¿Se puede solicitar un sello o un aval o mínimo un espaldarazo en algún lado?

Con frecuencia se piensa que en la literatura infantil y juvenil se utiliza más el recurso del perro que habla o la rana que vuela porque los autores de LIJ no tienen que respetar regla alguna, los chicos son más fáciles de engañar y no cuestionarán la mecánica del texto del mismo modo que no cuestionan los efectos especiales en una película. Se cree que un niño está convencido de que la prestidigitación es magia y no una mera habilidad circense y por ello se les puede vender cualquier cosa. Santa Claus, el ratón de los dientes y que los niños vienen de París, por citar algunos bonitos botones de muestra bastante arraigados entre nosotros.

Pero la verdad es que es como poner la mula antes que la carreta.

No es que en los textos para niños y jóvenes la fantasía se sienta más a sus anchas; es que los niños y jóvenes se sienten más a sus anchas en relatos cargados de fantasía. Por ende, en cualquier relato, sea pensado para niños, jóvenes o adultos, se debe tener el mismo cuidado cuando se hace irrumpir el elemento fantástico, lo cual no significa que deba ceñirse a una fórmula o canon establecido porque, oh sorpresa, no existe tal cosa. No hay quién dicte cuánto está bien, cuánto es demasiado o poco o cuánto es excesivo, si da lo mismo o es mejor o peor que un hombre vomite conejitos a que amanezca convertido en un espantoso insecto.

Un autor puede hacer lo que le venga en gana con su universo porque el único que ha de avalar su osadía o timidez es (o debiera ser) el lector.

En sus "Cartas a un joven novelista", Mario Vargas Llosa habla de "niveles de realidad" para describir los diferentes matices y contrapesos realidad/fantasía existentes en autores como

Calvino, Rulfo, Kafka, Carpentier, Borges y Cortázar; asimismo habla de "mudas" o saltos cualitativos como un recurso perfectamente válido para mezclar ambos elementos o bien trastocar uno en otro.² Ensalza la forma magistral en la que Virginia Woolf consigue, a través de una muda súbita, el inexplicable y prodigioso cambio de sexo en Orlando, sin por ello contrariar al lector o demeritar su prosa: "...provoca una mudanza cualitativa en el todo narrativo, moviendo a éste de un plano que parecía hasta entonces "realista" a otro, imaginario y aun fantástico."³

Entonces... ¿es correcto gestar un milagro al interior de un libro?

Y he aquí el núcleo de este humilde, inofensivo y hasta necesario discurso. (Necesario al menos para apaciguar el atribulado espíritu del que lo escribe, lo blande y lo firma). Ejem...

¿Es correcto gestar un milagro al interior de un libro?

No solo es correcto sino también, hasta cierto punto, obligatorio.

Es el lector (o debiera ser) quien tiene que decir si le parece bien o deleznable.

Es el lector quien debe decidir si quiere creer en las hadas o no.

En la edad adulta, la fantasía se encuentra en un peldaño al que hay que ascender por propia convicción. En el nivel más bajo de esta imaginaria escalera están las personas que consideran a la lectura, toda, como una absoluta pérdida de tiempo; en el siguiente escalón hallamos a aquellos que consideran solo la lectura de ficción como una ociosidad completamente inaceptable; luego encontramos a aquellos que consideran únicamente a los subgéneros como una pérdida de tiempo; y en el penúltimo sitio, a los que solo no toleran a los vampiros y a los gnomos en su sopa. Y finalmente, hasta arriba, balanceándose en su hamaca con una buena bebida refrescante en la mano derecha y un libro en la izquierda, se solazan aquellos que no tienen problema alguno en galopar

² Vargas Llosa Mario. *Cartas a un joven novelista*. México: Alfaguara. 2011: 84

³ Op. Cit. P. 96

con unicornios o visitar Neptuno en una nave extraterrestre. Ahí, por definición, en esa cima, se encuentran los niños, casi todos; los jóvenes, en buena medida... y uno que otro adulto afortunado.

En alguna no muy lejana Feria del Libro en Guadalajara, un conocido mío muy querido asistió a la presentación que Yann Martel hizo de su libro "La vida de Pi" en una de las tantas salas del tan concurrido laberinto en que se convierte la Expo cada año. Esto ocurrió mucho antes de la película, así que el lugar estaba relativamente vacío. Nada que deba asombrarnos, todos sabemos cómo son las presentaciones de libros en la FIL cuando no te llamas Yordi Rosado o no eres actriz porno decidida a dejar testimonio en papel. El caso es que este conocido mío pudo conversar directamente con Martel dada la poca asistencia y el buen español que habla el autor canadiense. Conversaron, en específico, del final de su libro. ¿Era en realidad Richard Parker un tigre o una metáfora? ¿Cuál de los finales es el correcto? ¿Qué relato es el bueno, el que forma el corpus del libro o aquel del que se desprende Pi en su confesión a la policía mexicana?

La respuesta de Martel, plasmada además en la dedicatoria que dejó de propia mano en el ejemplar que le extendió mi amigo, me parece tan acertada como reveladora: "Cree siempre en la mejor historia".

Lo voy a repetir porque a lo mejor es aquí donde en realidad está el kernel de este texto y no allá arriba.

"Cree siempre en la mejor historia".

Según yo, no hay mejor exégesis para obra alguna en el universo conocido.

En un mundo perfecto, los libros todos tendrían la misma oportunidad de llegar a sus lectores. Desde que son gestados por sus autores, enviados a las editoriales, publicados y puestos a competir en la carrera de la vida, deberían tener las mismas oportunidades de llegar a sus posibles destinatarios, niños, jóvenes o adultos.

Pero éste no es un mundo perfecto. E intervienen en dicho proceso demasiados factores determinantes, la mayoría de ellos mercadológicos.

Al libro infantil hay que sumarle el hecho de que, para que el libro alcance a su lector, debe pasar por las manos de un montón de adultos que antes deben dar su aprobación. Por eso afirmaba que es el lector quien debe, o debiera ser, quien decida si el hecho de que una señora (la peor de todas, por cierto) pueda construir una muralla de la noche a la mañana es una genialidad maravillosa o una intragable vacilada.

Es él quien tiene el voto de calidad. Y nadie más. No juega la aprobación de los grandes sino el beneplácito de los chicos. El elemento fantástico se inserta en la historia para que, si alguien decide si cabe o no, si es válido o no, si aplica o no, sea el lector. Lo apruebe. Lo avale. Lo disfrute. Y le conceda larga vida al libro.

"Hasta que una noche, mientras todos dormían, ella se dedicó a construir una muralla alrededor del pueblo para que ya nadie pudiera escapar de él. Quién sabe cómo lo hizo, pero lo cierto es que una alta muralla atrapó, a la mañana siguiente, a toditito el pueblo".⁴

“Quién sabe cómo lo hizo”. Pero lo hizo. Y a otra cosa.

La fe no solo es bien vista sino hasta necesaria al interior de los libros. Y no es, para nada, imperdonable. Hay que estar en los peldaños más bajos de la escalera del goce lector para demandar una explicación precisa de cómo es que alguien levanta una muralla tan alta y tan inexpugnable en tan pocas horas. No, no toda transgresión de la realidad es admisible en los libros, eso es cierto. O al menos no para cualquier lector. Pero sí creo que el mismo Cortázar, acaso

⁴ Hinojosa Francisco. *La peor señora del mundo*. México: FCE. 2006: 22

veladamente, se sentía agradecido de que sus lectores no detuvieran la lectura de “62” al llegar al momento en que Juan vuelve a París y enciende el auto, replicando, molestos, encorajinados, que tal inconsistencia es absolutamente intolerable. E imperdonable. Y se fueran a leer a Harold Bloom hechos una furia.

La fe no solo es bien vista sino hasta necesaria en la ficción, en esa complicidad que pretende el autor (con toda humildad y los dedos cruzados tras la espalda) de sus lectores. Aplaudir en el teatro para que no muera Campanita es parte de un juego inofensivo que nos coloca en la cima de la escalera y, de algún modo, nos restituye algo de lo que perdimos cuando guardamos para siempre las canicas y el trompo. Nadie va a ir por ahí pregonando que sí salvó —en realidad— un hada al abandonar la sala. Ni siquiera el alma más infantil. Esos son tintes de evasión o chifladura que es absurdo que algunos teman. Ser niño y ser ingenuo no son sinónimos. Y mucho menos crédulo, lerdo o mentecato.

La ficción, la fantasía, demandan esa colaboración lectora para subsistir. No tiene nada de malo creer en los milagros, los monstruos o los ángeles al interior de los libros. Por el contrario, se reestablece un orden lúdico en el participante, el mismo que germinó al principio de los tiempos cuando, a la mística luz de las fogatas, alguien se decidía a contar una historia y encendía en los ojos de sus escuchas una chispa inexplicable al dotar a su relato de elementos, pues sí, inexplicables. Caballos alados. Mujeres con cola de pez. Seres diminutos y radiantes. Todos innominados. Todos, sin saberlo, ya con un lugar en la Historia y en todas las historias de la Historia.

Así que tal vez Richard Parker, en verdad, haya sido un tigre que hizo resonancia en el corazón de un niño.

Tal vez.

Y sí, es posible también que en “Billie Luna Galofrante” ocurran prodigios.

Pero no seré yo quien lo afirme.

Ya lo dirá (ojalá que así sea) cada lector cuando llegue a esa parte y decida (o no) seguir de la mano del héroe (y del autor, acaso) en su camino.